

LA ESCUELA ELEMENTAL ALEMANA

Embajada de España.-Berlín [Sello impreso en relieve]

Berlin, 1 de Marzo de 1.909.

Señor Doctor Resurrección María de Azkue.

Muy Señor mío:

En respuesta á su atenta carta de 26 del mes pasado, tengo el gusto de manifestarle que, con esta fecha, solicito de este Gobierno la autorización que V. desea para que se le permita visitar las escuelas de instrucción primaria y las escuelas normales de Prusia, que me apresuraré á pasar á sus manos tan pronto como me sea concedida.

*Con este motivo se ofrece de V. atento y affmo. amigo
q. b. s. m.*

[Firma ilegible]

[No aparece la autorización entre sus papeles. A. I.]

Conferencia leída por D. Resurrección María

de Azkue en Bilbao, el día 12 de abril de 1916

La firmeza de carácter, virtud cardinal, fundamental, no sólo en el individuo, sino y más notablemente en un pueblo, suelen los débiles confundirla con la grosería, motejándola á veces hasta la barbarie; y guardan para su propia debilidad los especiosos epítetos de cortés, condescendiente, amable y social.

Durante mi estancia en Alemania contraí cierta amistad con un Herr Rektor, maestro director de una escuela elemental graduada. Era conmigo hasta condescendiente y generoso. Poco antes de tener que repatriarme, me ocurrió la idea de analizar la quintaesencia de aquel gran pueblo: su escuela; y, naturalmente, recurrí á mi Herr Rektor. Aquel hombre que me franqueó de buen grado y más de una vez las puertas de su casa (advierdo

que tenía su habitación bajo el mismo techo de la escuela), al manifestarle mi propósito, me dijo que la ley exigía al efecto un permiso especial del Kultusminister, Ministro de Instrucción pública; y no quiso satisfacer mis deseos, hasta que (tenaz también yo por mi parte) recurrí á Berlín y obtuve el documento necesario. Pude entonces enterarme de que esta severidad respondía á cuchufletas que ciertos extranjeros se permitieron lanzar á la publicidad después de una visita á la escuela de aquel cultísimo país. Aquel hombre, con una justa idea de sus deberes, tenía la virtud cardinal de la fortaleza: era un verdadero alemán.

Visité una escuela normal de maestros y unas cuantas elementales, entre ellas, naturalmente, la de mi buen amigo.

Bien grabadas quedaron en mi memoria estas dos impresiones: la de oír á sus alumnos (eran los mayorcitos de todo el grupo escolar) bastante bien recitadas poesías clásicas de Goethe, Schiller y Wieland; y la de ver al excelente maestro, violín, en mano, dar el tono para que los alumnos cantasen un trozo de la más alemana de las óperas: Freischütz.

Fruto de aquellas mis visitas es la conferencia de esta tarde.

La escuela elemental alemana es obligatoria para todos los niños del imperio desde los seis hasta los catorce años de edad.

En mi larga estancia á orillas del Rhin pude notar que, tanto esta como otras obligaciones impuestas por la superioridad, más que como pesadas cargas, parece que se toman allí como suaves lazos que ligan al individuo más estrecha é íntimamente con la Patria.

Pasaba yo en cierta ocasión al lado del jardincito que rodea el hermoso edificio de la Opera en Colonia, y llevado de mi perpetua costumbre de acariciar á pequeñuelos, con quienes rozo en la calle, me detuve junto á dos niñas rollizas, y les pregunté su nombre, su edad; y al llegar á este punto una de ellas, sin más preguntas de mi parte, me dijo: "este año entro en la escuela por Pascuas" y al decirlo le reboaba dulce satisfacción por sus sonrosados mofletes.

¿Será que los alemanes en tan tierna edad se dan cuenta de que hay una Patria y de que la instrucción es como el sol de la vida de relación? No lo creo; son menos precoces que los niños de aquí; y entre nosotros los párvulos no levantan sus conceptos tan alto.

¿En qué consiste, pues, que aquellos vayan a la escuela con el mismo afán con que van los gorrioncillos á los trigales? Creo que este fenómeno se debe principalmente á la preparación; pues

menos cuando yo era niño. Son las siguientes: Muy bien, bien, bastante bien, satisfactorio, defectuoso, malo.

También los maestros tienen el historial de su carrera en el Gobierno civil (que diríamos aquí), donde consta con todas las notas de su carrera el juicio que de ellos se ha formado el inspector en cada examen y visita extraordinaria.

De estas actas se sirve el Ministerio para los ascensos del personal.

También los maestros tienen sendos análogos libros, equivalentes á lo que aquí llamaríamos *Hoja de servicios*.

Los ascensos en la carrera no se hacen presentándose á concurso, escribiendo memorias bien concebidas y agarrándose á casacas de ministros. Sólo la Hoja de servicios los decide.

La escuela está rigurosamente graduada los ocho años que acoge al niño. De ahí la necesidad de fijar las materias que de cada asignatura se han de desarrollar en cada curso.

Las lecturas, como también la explicación de las diversas materias, tienen que corresponder á la edad de los alumnos, al grado de la enseñanza.

Vaya otro recuerdo grato, como todos los que conservo, de la docta Germania.

Hay en libros de lecturas para niños, creo que de siete á ocho años, esta candorosa descripción del Kaiser:

*Der Kaiser ist ein lieber Man,
er wohnt in Berlin
und wäre es nicht so weit von hier
so ging ich heut noch hin.*

Traduzco: El Kaiser es un hombre amable
que vive siempre en Berlín;
si de aquí tan lejos no fuera,
aún hoy me tuviera él allí.

Será tal vez debilidad mía, pero os aseguro que la primera vez que oí casi balbucear esa humilde candorosa estrofa, una ligera conmoción estremeció mi espíritu.

Indudablemente ese respeto al Supremo Magistrado de la Nación, inculcado en tan tierna edad, es un golpe eficaz para ir forjando en el espíritu del ciudadano esa virtud cardinal de que os hablé en un principio.

Mirad cómo es guardada en todo el imperio la ley de la enseñanza elemental obligatoria. Cada sábado envía todo maestro a la alcaldía el libro de la asistencia. Allí es escrupulosamente revisado y, si hay faltas de clase no justificadas, un policía se encarga de ir á casa de sus padres á averiguar el caso. Una vez probada la negligencia de ellos, el delegado de la autoridad impone la multa de 0,20 de marko por una clase perdida y la de un marko por un día perdido. En caso de insolvencia, el padre tiene que sufrir un día de cárcel. Es de advertir que en el villorio más insignificante existe allí algún individuo encargado de mantener el orden público.

La enseñanza elemental privada está tolerada por la ley, pero vigilada por el magisterio oficial.

Toda familia, que quiere darse el lujo de instruir á sus hijos fuera de la escuela pública, debe pagar al erario 20 markos por año. La persona encargada de esta instrucción necesita título oficial de maestro y permiso especial del gobierno; y, lo mismo que el de una escuela pública, está obligado á presentar al inspector respectivo, al principio de curso, el programa de las materias que en cada asignatura se propone desarrollar, dividiendo el curso por semanas. Cada sábado tiene que enviar al superior, lo mismo que todo institutor público, nota de lo que cada alumno ha hecho durante la semana. El inspector tiene el deber estricto de inquirir el estado de instrucción de las clases tanto públicas como privadas; y entonces compulsula si el desarrollo semana! corresponde al programa sucinto expuesto por cada maestro al principio de curso.

Cada niño tiene en Alemania lo que llaman allí *Zeugnissbuch* "libro de testimonio", en el cual constan las notas de censura que ha obtenido cada semana. Este libro ha de firmarlo, dos veces al año, al pie de las notas, el padre del niño. Medida tomada, sin duda, para obligar á los padres á enterarse del progreso de sus hijos y á que puedan ayudar con su aplauso ó censuras al maestro en la difícil tarea de instruirlos y educarlos. Allí no cabe decir *de mano ajena*, porque todo el mundo sabe leer y escribir. Según la última estadística de instrucción pública, de diez mil alemanes solamente hay un analfabeto. ¡¡Qué hermosura!!

Al fin de cada curso, si lo ha aprovechado bien, á juicio del maestro y de los inspectores, obtiene título de haberle aprobado, y pasa á otro grado más alto y abre otro nuevo *Zeugnissbuch*.

Las notas de censura que figuran habitualmente en estos libros son más en número que las usadas entre nosotros, por lo

la escuela alemana gira por la Patria enlazando generaciones con generaciones, como gira á nuestros ojos el astro del día en su horizonte, irradiando luz y precedido y seguido de luz. Esa escuela que acoge al niño á los seis años tiene su aurora, larga como las auroras tropicales, en los establecimientos llamados *Kindergarten*, y su complemento en una instrucción dominical obligatoria llamada *Kristenlehre*. Antes de penetrar en la escuela hablaré ligeramente de esas luces crepusculares.

Kindergarten, literalmente jardines de niños, son establecimientos dirigidos generalmente por religiosas en comarcas católicas, y en comarcas protestantes por diaconisas, en los cuales, párvulos de tres á seis años, mediante la insignificante suma de quince céntimos de marco mensuales, reciben sana y divertidísima preinstrucción.

Comen en su familia. Allí el niño empieza á conocer á Dios, canta, salta, aprende cuentecitos y los refiere á su manera; enumera objetos que le son más íntimos y se familiariza con los personajes bíblicos más eminentes, pero sin que su tierna inteligencia sea penetrada por un solo carácter gráfico, pues la lectura y escritura están absolutamente prohibidas por la ley en estos centros.

Su origen se remonta al siglo XVIII; pues, aunque desde el vigoroso impulso de Fröbel, en el primer tercio del siglo XIX, se han multiplicado estas almácigas escolares por todos los estados del vasto imperio, funciones análogas se hicieron ya en Holanda mucho antes de la revolución francesa, con el nombre de *Spielschulen*, escuelas de recreo, y el año 1779 el célebre pedagogo Oberlin, párroco de Steintal en Alsacia, instituyó escuelas de este género. Su sirviente dirigió cinco de estos viveros de la instrucción por espacio de 55 años, habiendo merecido de la Academia francesa el año 1829 el premio de virtud, llamado premio Montyon, consistente en la suma de 5.000 francos. Indudablemente Fröbel y su maestro Pestalozzi siguieron en este camino las huellas trazadas y bien marcadas por otros.

Cuando á los catorce años sale un niño de la escuela alemana, la ley del imperio le obliga á ir cada domingo durante dos años á la instrucción religiosa que con el nombre de *Kristenlehre* da por las tardes en el templo el párroco o el pastor.

Ley en alemán, se dice con una palabra incluida por ellos en las del género neutro: *Gesetz*; pero, indudablemente, tanto en su estructura como en su aplicación es un ser bien masculino, pues toda ley nace y vive acompañada de su sanción.

Como hasta ahora (la verdad sea dicha) se conocía poco entre nosotros á Alemania, y ahora algunos la conocen mal, extrañará acaso á más de uno oír que con tales lirismos se moldee el ánimo del diminuto germano, imaginándose que allí se forma á los hombres como forma el industrial yanqui las piezas de sus despertadores baratos: en troquel y á fuerza de golpes.

Confieso, señores, que si no precisamente esa formación groseramente mecánica, algo así creía yo ver en la estructura espiritual de aquellos hombres. Grande fué mi asombro cuando al ir allá, ojeando el ya no poco anticuado libro de Madame de Stäel, titulado *De l'Allemagne*, leí que en su tiempo, entre el siglo XVIII y XIX, los ingleses dominaban el mar con sus escuadras, los franceses la tierra con sus ejércitos, los alemanes el aire con su sentimiento é imaginación.

Para cerciorarnos de que sea hoy verdad lo que aseguraba la ilustre escritora francesa, podéis leer, ya que acaso no sus libros de texto, por lo poco que funciona la imaginación en este género de escritos; ya que no sus grandes clásicos, por la dificultad de la lengua en que fueron concebidos; si sus cuentos de Grimm, traducidos ya á todas las lenguas cultas, y veréis en ellos palpar el corazón de un pueblo en que anidó el romanticismo, tierna y siempre sólidamente afectuoso, sensible y llevado, cual pocos pueblos, por su natural emotividad, al uso del diminutivo en sus expansiones familiares.

He aquí el recuento de las materias que se enseñan en la escuela elemental alemana de niñas.

En la primera, es decir, en la de las menores:

Catecismo, Historia Sagrada por cuadros, Lectura y Escritura por sistema simultáneo, Cuentas y Cantos populares.

En la segunda clase:

Además de las materias precedentes, Escritura según muestra, Labores y Dibujo.

Ya no se dibuja allí copiando, sino del natural.

En la tercera clase:

Sobre lo anteriormente dicho, Escritura al dictado; Geografía muy rudimentaria, algo así como la descripción de la comarca propia ó villorrio y sus límites, y primeras nociones sumamente ligeras de la propia Nación. Generalmente se reduce a hablar de la familia imperial y sus antepasados.

En la cuarta clase:

Se enseñan además Gramática muy sencilla y nociones generales de Geografía, Historia, Zoología, Botánica y Mineralogía.

Composiciones sumamente sencillas.

En la quinta clase:

Ampliación de todo lo precedente, y además Geografía, Física y Literatura, muy someramente. Composiciones de alguna mayor importancia.

En la clase sexta, séptima y octava:

Se desarrollan con la amplitud posible todas las materias de clases anteriores.

Distribución del tiempo

Los niños menores, es decir, los de la primera y segunda clase, entran á las ocho y salen á las diez. A la tarde su clase es como la de todos los demás: de dos á cuatro.

Los miércoles y sábados, en que hay vacación á la tarde, entran estos chiquitines á las ocho y salen á las once.

Entre el día 9 de Noviembre y 9 de Febrero, la escuela se abre, por causa de la oscuridad, á las ocho y media, y cada lección se acorta en diez minutos.

En la tercera y cuarta clase comienza la escuela á las ocho y termina á las once; los miércoles y sábados á las doce.

A media mañana hay un recreo de diez minutos, que algunos maestros aprovechan para que los niños hagan gimnasia.

Naturalmente en las escuelas rurales no puede haber ni tan escogido elenco de materias, ni la graduación de la enseñanza puede ser la misma que en las ciudades.

He de suministraros acerca de los libros de texto un dato que acaso no lo habéis de olvidar nunca. Todo libro de texto necesita la aprobación expresa del Ministerio de Instrucción Pública. Con los maestros alemanes no reza aquel aforismo: "cada maestrillo tiene su librillo".

Otro dato que quizá llame también poderosamente vuestra atención es el que tengo el gusto de presentaros acerca del trabajo de todos aquellos niños. Cada uno está provisto de una cartera de cuero, fija á la espalda con dos correas, á guisa de mochila; con ella salen de casa, con ella vuelven de la escuela, en ella llevan á su domicilio las lecciones que han de estudiar, los deberes que han de cumplir. Y el maestro al día siguiente corrige á veces cuaderno por cuaderno, á veces dictando á varios á un tiempo, los trabajos de los alumnos.

Estos pasan siempre los deberes corregidos á cuadernos en limpio, que los dejan en la escuela.

Tanto trabajo, diréis, exige descanso proporcionado. Tienen dos tardes de vacación por semana, como se ha dicho ya: miércoles y sábados. Las vacaciones mayores son las siguientes: cinco semanas en el verano, quince días por Navidad, tres semanas por Pascua de Resurrección y una por Pentecostés. En los meses calurosos tienen una vez por mes día de campo.

Dos veces por semana dedican una hora al estudio de cantos populares religiosos y profanos (1). ¡Cuántas veces, estando yo dando gracias he oído cantar á niños estos cantos populares, sencillos y graves, durante la misa escolar que precede dos veces por semana á la hora de clase! Asisten todos los niños católicos en Alemania á misa á las siete de la mañana dos veces por semana y cada domingo á diversas horas, según costumbre particular, acompañados de un maestro, que tiene en la Iglesia su puesto designado. Cada semana va dos veces á la escuela el párroco ó sacerdote por él delegado, á enseñar el Catecismo de la Doctrina Cristiana. Esta materia está exclusivamente reservada á los eclesiásticos en todas las escuelas del Imperio.

Va también á la escuela durante toda la cuaresma á preparar tandas de niños á la primera comunión, que cada año invariablemente se celebra el segundo domingo de Pascua.

Indudablemente interesa á mis oyentes saber de qué estímulos se sirve el pedagogo alemán para inculcar en el ánimo de sus alumnos la afición al estudio. Para premio no cuentan con medios extraordinarios: puestos preferentes en el corro de cada clase, estampitas, algún libro que otro de regalo y especialmente el Libro de Testimonios, de que antes os he hablado: aquel documento que por Pascuas y en otoño va á la firma del jefe de cada familia.

Los castigos, en nuestros días, como en todas partes, más suaves que en otra época, han de ser aplicados por el maestro, según la ley escolar (que he tenido la paciencia de leer estos días) con el mismo espíritu con que un padre corrige á su hijo.

(1) Recuerdo haber oído a un seminarista de aquellas tierras que cada alumno de aquel Centro, en que también yo viví algún tiempo (quería decir que cada seminarista), sabía de memoria como unos trescientos cantos populares. La cifra no parece exagerada, si se tiene en cuenta que en ocho años que dura la escuela, es decir, en trescientas veinte semanas de estudio (pues cada año escolar tiene cuarenta semanas) han recibido los alumnos seiscientos cuarenta lecciones de cantos populares.

Si en algún caso se ha de proceder á castigos corporales, ordena la ley se haga constar en libro especial el día y la hora en que se impuso el castigo, en qué consistió éste y causas que tuvo el maestro para recurrir a él.

Exámenes hay cada año por Pascuas, y durante el curso, siempre que el inspector quiera girar una visita. El inspector inmediato de las escuelas rurales es el párroco del lugar; hay además otro en las escuelas graduadas, al frente de todo un grupo un *Rektor*, como mi amigo de marras; sobre todos estos inspectores locales hay uno, el *Kreisschulinspektor*, inspector de un círculo de escuelas, y sobre éstos un inspector del gobierno, *Regierungsschulinspektor*.

El maestro alemán

Estudiemos ahora, siquiera someramente, la formación de un maestro alemán, emolumentos de que goza y cómo se le confía la dirección de una escuela.

Rarísimo es el candidato al magisterio, que no empiece su carrera inmediatamente después de haber terminado los estudios elementales; es decir á los catorce años cumplidos de edad. La carrera de maestro dura seis años; los tres últimos años todos son alumnos internos. Cada año se compone de dos cursillos, que llaman ellos con un vocablo latino: *semester*. El sexto año practica su profesión en una escuela pública y luego sufre riguroso examen. Un año después pasa á ser maestro ó maestra provisional (*provisorische*) y gana en este puesto mensualmente 90 markos ó más, según la categoría de la escuela, siendo la tarifa ordinaria la de marko y medio (cerca de dos pesetas) por hora ó lección (1). Terminado este curso de interinidad, eleva el novel pedagogo una solicitud á la superioridad; y ésta, ateniéndose únicamente al libro de la carrera y á la pericia que ha mostrado en la práctica de su profesión, es decir, á las actas de que antes se ha hablado, le confía la formación de un número determinado de futuros ciudadanos del imperio.

Allí no hay oposiciones, ni concursos, ni leccioncitas particulares, y nadie cuelga los faldones de levitas ministeriales.

(1) En el tecnicismo pedagógico alemán la palabra *stunde* "hora" es sinónima de *lektion*.

Hay escuelas normales que dependen directamente del Estado y normales de maestras dirigidas por religiosas, pero á las cuales van periódicamente inspectores y examinadores nombrados por el Gobierno.

La maestra elemental, además de lo que tiene que enseñar á las niñas, estudia la Historia de la Iglesia y Literatura.

La maestra superior cursa, sobre esto, la Historia del Arte, lenguas francesa e inglesa con la literatura é historia de estos dos países.

La maestra normal sube á mayores, estudia latín y griego, pero con fundamento.

No tengo datos de los estudios especiales que hacen los maestros elementales, superiores y normales, pero supongo serán los de sus dignísimas colegas.

El sueldo de que goza el maestro alemán varía, naturalmente, según la importancia de la población en que reside. En poblaciones industriales de importancia percibe 1.200 markos al principio de su carrera, es decir, 1.500 pesetas, más la renta de casa. Aun en los vilorrios no baja de 1.000 markos ó 1.250 pesetas. Tienen aumento gradual por trienios, siendo nueve el máximo de ellos. El aumento consiste en 120 á 150 markos por cada trienio. De manera que el maestro que empezó ganando 1.500 pesetas, al cabo de los nueve trienios, es decir, al llegar á la edad de 48 ó 50 años, goza de 3.192 pesetas, más la casa. El *Rektor*, es decir, inspector de una escuela graduada, tiene 200 markos por año, además de sus emolumentos como maestro.

A los 55 años de edad puede retirarse de su honrosísima profesión el maestro, percibiendo las tres cuartas partes de su completo sueldo.

Hay una disposición en la legislación alemana de instrucción pública, mediante la cual aquella escuela se distingue de la nuestra casi radicalmente. En virtud de ella la maestra está sujeta á la ley del celibato. Tiene, sí, libertad de contraer matrimonio, pero deja de pertenecer *ipso facto* á la noble legión de instructores del pueblo. La misma ley permite su vuelta al magisterio en caso de viudez.

Tal es somera y sencillamente expuesta la escuela elemental alemana.

A raíz de una cruenta guerra, en que el imperio alemán fué sobre sólidas bases reconstituído, se dijo que quien había en realidad vencido fué el maestro de primeras letras.

Me guardaré mucho, señores, de hacer ni alusión siquiera á la malhadada y presente lucha. Sólo os diré que ese imperio, visto á todas luces y á través de todas las opiniones que esta conflagración ha suscitado, es un imperio verdaderamente grande; si no el más extenso, si el más sólido, el más condensado, el más exuberante y pletórico de vida industrial, de vida intelectual, de vida artística de todos los imperios que hasta el día se abrieron campo en la superficie del planeta y en las páginas de la Historia. Cuando se le contemple, acalladas ya las pasiones y á conveniente distancia (que es así como se admiran mejor las grandes creaciones del genio del hombre), como hoy contemplamos la grandeza del imperio romano ¡cuán gigantesca no parecerá entonces la obra del genio teutónico! Al mirar á Roma, la Roma de Augusto, en el cielo de su gloria, no se ven más luces que las suyas y unos bellos destellos crepusculares de la gentil Grecia y tal cual ráfaga de luz, como de nocturna luciérnaga, de la India y de Egipto. A la oscuridad toda luz parece más brillante. Al contemplar la grandeza del imperio alemán tal como hoy es, aun cuando sucumbiera en la lucha, su luz resplandecerá soberana y brillará, como brilla espléndido el astro de la mañana, entre otros de primera magnitud que centellean en el mismo cielo, entre los fulgores que despiden la culta y bella Francia, la pulcra é inconstante Italia y la fría y cosmocolonizadora Inglaterra. Entonces la posteridad aclamará la callada pero constante labor del maestro alemán, uno de los principales artífices de esta gigantesca bella obra humana.

Si anheláis reconstruir aquí un gran pueblo, formad una escuela elemental sólida, como la que habéis visto mal bosquejada en mi modesta conferencia; y sobre ella edifíquense macizos el segundo y tercer piso de la enseñanza. Instruíd y sobre todo educad al escolar como le instruyen y educan al suyo vuestros colegas germanos.

Forjad en su carácter la virtud fundamental de la fortaleza, inculcando en su ánimo un respeto sagrado al cumplimiento del deber, una estima alta y sincera de su patria y un amor profundo al trabajo; al trabajo, que, cuando le acompaña la virtud, es lo único que ennoblece al hombre, que no cruces, ejecutorias, blasones, pergaminos y zarandajas.